

021. Santa María Mazzarello.

- *¡Don Bosco! ¡Cuántas ganas que tenía de verlo! ¡Y al fin está aquí!...* Así se estaba diciendo en sus adentros, llena de emoción, aquella muchacha excelente de veintisiete años cuando vio en su pueblo natal, perdido en las montañas del norte de Italia, a aquel famoso sacerdote y fundador del Oratorio de Turín.

Y Don Bosco se decía a su vez, al ver a la Señorita María Mazzarello. *Sí, ésta es. Ésta es la joven en quien yo soñaba para la rama femenina de la Obra.*

Santa María Mazzarello era el complemento obligado que Dios le tenía reservado al Fundador de la Familia Salesiana.

Sin conocerla aún, Don Bosco le había mandado por el Párroco a María y a su inseparable amiga Petronila una medalla que era todo un presagio. *Déselas con esta tarjetita.* Y la tarjeta en cuestión, decía: *Orad, haced todo el bien que podáis a las jovencitas; haced lo posible por impedir el pecado, aunque sea venial.*

¿Quién era para entonces María Mazzarello? Una muchacha campesina, la mayor de seis hermanos en una familia muy cristiana, trabajadora en el campo, activa en la parroquia, y que con otras compañeras habían fundado La Casa de la Inmaculada, que atendía y formaba a las muchachas del pueblo.

María no había pensado nunca en la obra de Don Bosco para hacer con las chicas lo que él hacía con los chicos; pero Don Bosco sí que pensó en María apenas tuvo conocimiento de lo que hacían estas jóvenes valientes en aquel taller y oratorio.

Don Bosco, entre sus famosos sueños, nos cuenta éste tan interesante.

- *Mientras atravesaba un día la Plaza Vittorio en Turín, me vi de repente cercado de un tropel de chiquillas que cantaban, gritaban y chillaban. Me rodearon contentas, y gritaban con todas sus fuerzas: ¡Viva Don Bosco!...* Pero tómenos a su cargo, que estamos abandonadas. *Yo les respondí: Eso del cuidado vuestro lo hará otro, pues yo estoy muy ocupado con tantos chicos... Pero mientras yo me negaba, una Señora noble y con rostro resplandeciente como el sol, se me apareció y me dijo: Cuídamelas, que son hijas mías.*

Un sueño que, como todos los de Don Bosco, era una profecía. Fue entonces cuando recibió la visita de aquel Párroco y supo lo de la obra de María Mazzarello, para quien le entregó la medalla. La voluntad de la Virgen era clara: *¡Cuídamelas!..*

María, sin ella saberlo, había sido preparada por Dios para aquella obra grande. Piadosa desde niña, era un encanto en la parroquia. En aquellos tiempos en que no se comulgaba diariamente ni mucho menos, su Párroco se lo pidió: *Comulga con toda la frecuencia que puedas, y si es diariamente, mejor.* Eso de diariamente lo decimos nosotros muy pronto. Pero en aquel tiempo —sin carros, ni bicicletas si quiera—, hacer al amanecer una hora de camino hasta la iglesia, era toda una aventura. Marchaba con su hermana Feliciano, buena como ella y que también sería salesiana. En verano, la cosa era relativamente fácil, pero no en invierno, con frío intenso y a veces sobre la nieve helada. Lo peor era que, como no había despertador en casa, para salir a tiempo se pasaba horas de la noche en vela a fin de estar puntual a la hora, que había de adivinar a cálculo.

Cierta noche, un buen hombre encuentra a las dos hermanas en mitad del camino hacia la iglesia, y les pregunta: *-Pero, ¿adónde vais así solas y a estas horas? -A Misa, para comulgar. -¿A Misa, a las dos de la noche? -¿No son todavía más que las dos? -Sí; y no debéis caminar solas a esta hora...* Las pobrecitas hermanas —¡y benditas, benditas de

Dios!— habían sacado los cálculos bastante mal... Como esto de llegar muy pronto se repitió muchas veces, María solía decir: *Mejor, así tendremos más tiempo de rezar...*

En el catecismo parroquial, María fue la mejor alumna, y después la mejor catequista. *¡No me dejaré ganar por nadie!*, tenía dicho. Ya bastante mayorcita, se le pregunta una vez medio en broma medio en serio: *María, ¿y por qué no te haces monja? -¿Yo, monja? No. Quiero ser toda de Jesús, pero monja, no.*

María no entra en el convento. Pero con Petronila y otras compañeras instituye, bajo la dirección del Párroco, aquel hogar y taller donde enseña de todo a las chicas. La ve Don Bosco, se admira, le infunde nuevos bríos, y le anima a llevar adelante la obra. Después, la invita a realizar la nueva fundación de las Hijas de María Auxiliadora, aprovechando aquella comunidad que ya forman ese grupo estupendo de las jóvenes en La Casa de la Inmaculada. Aprobadas por el Obispo, quince visten el hábito y once de entre ellas hacen sus votos. Entre éstas, María, que le dice a su madre en ese día: *Mamá, ahora soy del todo feliz.* Como forman comunidad, eligen Superiora y el voto recae por unanimidad en María Mazzarello.

¿Vale para este cargo? Hay que tener en cuenta que una campesina de aquel tiempo como ella no ha estudiado nada. El Párroco informa: *No sabe casi escribir, y leer muy poco. Pero habla tan fina y delicadamente, y con tal persuasión y claridad, que más bien se diría que está inspirada del Espíritu Santo.*

Naturalmente, que ahora se dio al estudio, y llegó a leer y escribir correctamente y también a hablar el italiano, dejando atrás su dialecto natal.

San Juan Bosco es objetivo y está optimista, pues comenta:

- *La buena de María Mazzarello tiene todos los requisitos de nuestro sistema preventivo. Por lo mismo, podemos confiar absolutamente en su gobierno del Instituto.*

¡Y vaya que si lo hizo bien! Al morir, joven relativamente con sólo cuarenta y cuatro años, dejaba la Congregación de las Salesianas con veintiséis casas, varias de ellas allende el mar... ¿Quién es capaz de enumerar el bien que las Salesianas han hecho y hacen en la Iglesia?...